

www.elboomeran.com

Elizabeth Smart

**EN GRAND CENTRAL STATION
ME SENTÉ Y LLORE**

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE LAURA FREIXAS

EDITORIAL PERIFÉRICA

SEXTA PARTE

Sentada en la silla giratoria del despacho de mi padre, con su escritorio masivamente simbólico entre nosotros, comprendí que jamás podría defenderme. No tenía otra defensa que dos sílabas, que no me atrevía a pronunciar, de tanto como las habían manchado los cantantes de jazz y los predicadores hipócritas y Dorothy Dix.

«¿Amor? Qué disparate», decía mi madre. «Lo que cuenta es la lealtad y la decencia y el saber comportarse.» Pero los ojos se le asomaban a la cara como un par de bárbaros medievales, aferrándose a la vida, que menguaba sin aportarles el reposo.

Pero de mi padre había esperado más. Él tenía la facultad de exponer sus ideas como las pruebas en un proceso. Pero si sentía acercarse la emoción sonreía dolorosamente y esperaba, meciéndose en

su silla giratoria, a que se hubiera alejado. «¿No será que estás un poquitín obsesionada con todo este asunto?»

Y entonces desfilaba ante mis ojos la entera procesión de los incrédulos: los matones de la policía y sus sobreentendidos repugnantes, las insinuaciones del señor Wurtle y cómo nos provocaba —«¿Así que según usted, eso que llaman Amor existe?»—, las bienintencionadas matronas que desde su amurallada vida sermonean: «Piénsalo bien y te darás cuenta de que si rompes un matrimonio, a la larga te arrepentirás», «Cuando comprendiste lo que iba a pasar, lo que tenías que haber hecho era poner tierra por medio», y todos esos batallones de ciegos con sus pancartas, proclamando el veredicto público: «Si necesita dinero, ¿por qué no consigue un trabajo?», «¿Qué sabe del Amor el que, cuando su país está en apuros, lo abandona?».

Dios querido, qué acogedoras parecen las cataratas de Chaudiere heladas bajo el cielo de diciembre comparadas con esos rostros inflexibles. Hasta la nieve ampara mejor a la próxima generación, que duerme. Ellos, que invocan un amor más elevado, ¿qué esconden bajo el interminable frío de su mirada? No arrullan retoño alguno de humanidad bajo su máscara, pues no es ninguna máscara.

Soy el duende verde de las leyendas, que llama a las puertas de las casas pidiendo pan para saber quiénes son buenas personas. Pero todos están necesitados, y ninguno es bondadoso. «Yo estoy ahorrando para la Cruz Roja. ¿Y usted, cuál es su contribución al esfuerzo de guerra, si se puede saber?»

Ve a la guerra, hermanito, contribuye a que se derrame más y mejor sangre, para que las conciencias blandas tengan la oportunidad de enjugarla. Lleva la cabeza rapada como un presidiario y se divierte con juegos sanguinarios. «No conozco a ese tío, pero para mí que es un sinvergüenza.»

¿Sabíais que once mil caras idénticas a la de Cristo están enflaqueciendo en la cárcel? No tenían dinero, no tenían pistolas, no llevaban raya en los pantalones. El policía está cada día más gordo y rivaliza con los nuevos tanques. Obstruye la puerta del pequeño café. Al verle, una pareja derrama la leche en la barra, recordando lo que hicieron anoche bajo el puente. Pero el policía está ciego. Sólo golpea cuando oye un ruido fuerte. Hay otros, en cambio, con ojos como halcones furtivos, que rondan las calles buscando una cara en la que un beso ilegal pudiera estar formándose.

No, no hay defensa para el amor, y las lágrimas no harán sino aumentar el delito. Sé razonable. Sé

como todo el mundo. Eres una chica lista. Eres inteligente. Muévete, haz algo con tu vida.

De modo que no habrá exequias. Eso que iba a conquistar el mundo, y después del mundo, la muerte, no se mencionará siquiera. Ni uno solo de todos esos mártires clavados en cada árbol del hemisferio oeste interesará al redactor jefe. Todo lo más, en la página de pasatiempos, como relleno, un suelto sobre los obligados a morir. La mantequilla sube diez centavos. El ser humano baja.

Recuerda la víspera de Año Nuevo en Ottawa, la ciudad hosca bajo la nieve, y tú con anginas que partían en dos tus deseos para el nuevo año.

Mi madre dijo: ¡No, no quiero saber nada más de ti!, cuando le alargué la mano para decirle adiós; y mi padre me pidió por teléfono: Dinos por dónde andas, seco y fatigado; y tú dijiste, con tu garganta magullada: No me hagáis gritar porque escupo flema. *Vosotros* me hicisteis la mayor injusticia.

¿Adónde íbamos pues? A cualquier sitio donde pudiéramos estar juntos y solos. Semejante deseo ofende a cualquiera que tenga menos que amor en el bolsillo. Además, es hora de ponerse uniformes, no camisones. No sirve de nada preguntarles cómo

podría ser útil yo, que sin ti sería un peso muerto, un cadáver: cuando un juez te interroga, tienes que tantear buscando las respuestas que espera de ti. La sencilla palabra Amor ofende con su desnudez. Dejó de ser cómoda cuando el camello más caro se quedó atascado en el ojo de la aguja.

Cuando me marché de Ottawa me pregunté: ¿A quién voy a decir adiós?, y no se me ocurría nadie. Algunos me saludan con sonrisas sinceras, pero pasan años de mi ausencia sin que se den cuenta, y mi conversación les parece protesta.

¿Es que disfruto escandalizando a los mayores?
¿No me preocupa que ganemos la Guerra?

Ha habido hombres que han sido más recordados que naciones enteras, y naciones de hombres han estado dispuestas a morir por una sola palabra.

Entonces, ¿mi palabra o la vuestra? Niña, no seas insolente.

Mi hermana está en casa, nos ha dejado a sus hijos para tener una semana libre y luchar por un empleo. Y está mi tía como una arpía implacable, luchando por uniformar a todas las mujeres.

¿Quién se atreve a respirar placer cuando la guerra es la palabra pero aún no la realidad? Aquí los rumores de guerra tapan incluso el objetivo último, que a pequeñas dosis podríamos disfrutar, por qué

no, ahora. En Londres son más sabios: parejas de desconocidos se besan en los refugios subterráneos, y las efigies bombardeadas son objeto de chistes.

Asiste al funeral de la hipocresía, oh mi amado país, y derrama la habitual lágrima hipócrita. Las mías las ahorro para un acontecimiento de otro orden.

Un acontecimiento que si tú, mi amor, demuestras a fin de cuentas ser muy otro de lo que yo había esperado, provocará un entierro bajo un mar de lágrimas saladas más memorable que las ruinas rumanas, y una batalla de una sola mujer tan sangrienta como la de diez millones de hombres. Pues para este acontecimiento nací, renací tras un entierro de mucho más de tres días, y construiré para conmemorarlo monumentos capaces de durar más de dos mil años. De esta conjunción de imposibles podría haber nacido una generación de ojos capaces de apreciar semejantes meteoros, una generación que enarbolaría, como un estandarte, una leyenda.

No es que quiera blasfemar, o decir: Mira lo que soy. No digo más que esto: Recuerda Ottawa la víspera de Año Nuevo: en ese día tan acechado de amenazas, y a cuyos antagonistas no carece de mérito haber sacado la lengua, yo elegí. Elegí sin influencias, sin aspavientos, sin ninguna flecha que me señalara dirección alguna, excepto lejos de ti.

Ni la razón ni la sensatez ni la codicia ni la piedad ni la perspicacia ni la ambición ni la conveniencia ni el deber filial pusieron mi mano entre las tuyas. Ni puede decir nadie que perdí la cabeza en el momento crucial.

Afirmaré pues, para dejar constancia ante mí misma, y para recordarlo si algún día soy otra que la que soy ahora: A pesar de las fuerzas furiosas, desenfundadas en la reprobación, vi claramente entonces que no existía en ninguna parte en todo el mundo nada más que eso; que ni los conventos ni las islas del Pacífico ni las selvas ni todo el jazz de América ni el frenesí de las zonas de guerra podían esconder rincón alguno que contuviese una pizca de consuelo si eso me fallaba. En todos los estados del ser, en todos los mundos, esto es lo único que hay.

Recuerda también que dije: Aunque esto es todo lo que hay, aunque es lo único y es vulnerable, aunque pueden atacarlo, aunque puede morir, aunque no es más que una palabra mendiga frente a las altísimas finanzas, a pesar de todo, no es escaso: es suficiente.

No lo acepto con tristeza o arrepentimiento, con melancolía o desesperación. Lo acepto sin mañana y sin ningún lirio de promesa. Es lo suficiente, es lo ahora, y aunque llega sin nada, me lo da todo.